

javier torres goitia*

evolución del concepto salud-enfermedad

Los nuevos planteamientos de la medicina social no siempre son de fácil comprensión para los estudiantes de ciencias biológicas, que no tienen una debida preparación sociológica o para los de ciencias sociales que apenas se aproximan a los problemas de salud.

Para contribuir a la nivelación de conocimientos de un auditorio heterogéneo y buscar la comprensión cabal de un problema tan importante, tenemos que ser forzosamente elementales para unos y otros, posponiendo cualquier deseo de profundizar los temas.

Los tres capítulos en los que dividimos este trabajo pretenden simplificar los planteamientos teóricos a un nivel fácilmente accesible para los que se inician en este estudio. Nuestro propósito es dar una introducción necesaria para aproximar a los estudiantes tanto de ciencias biológicas como sociales a un tema que por su importancia y amplitud merece una máxima atención.

Antes de presentar los conceptos de salud y enfermedad en la sociedad actual, que es materia del último capítulo, nos ha parecido conveniente, para su mejor comprensión, hacer en el primer capítulo un resumen del origen de la vida como resultado de los cambios cualitativos que se producen en la evolución de la materia inorgánica y orgánica; posteriormente, en el capítulo II, una síntesis de la evolución de la sociedad incluyendo la sucinta explicación de categorías sociológicas muy bien conocidas por muchos sectores, pero indispensables de conocerse por todos.

* Profesor de Sociología Médica en la división de Estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

Origen de la vida como proceso de mutación de la materia

Como paso inicial para introducir a los estudiantes y profesionistas de ciencias sociales en el estudio de la salud y de la enfermedad en los distintos periodos históricos, trataremos, primero, de romper la barrera artificial con la que aún se enfrentan quienes se empeñan en aislar en forma absoluta las ciencias biológicas y las sociales, sin tomar en cuenta sus interrelaciones y el nexos común de su desarrollo histórico.

Las leyes del materialismo dialéctico que sintetizan los avances de la ciencia en general, y que Engels denominó "ciencias de la concatenación universal",¹ son comunes a las ciencias biológicas y a las sociales. Su aplicación más generalizada al estudio de la historia y la sociedad y menos difundida al campo de las ciencias naturales como la química y la biología, es sólo aparente o fruto de diferencias temporales en la evolución del pensamiento.

Resulta importante destacar que Marx y Engels no se apoyaron únicamente en el estudio de las ciencias sociales, sino también en los grandes descubrimientos de las ciencias naturales de su tiempo. Son particularmente notables las referencias de Engels a los avances de la bioquímica y la biología de su época.²

La materia viva que forma el organismo humano está integrada por relativamente pocos elementos químicos. Estos cuerpos simples son los mismos que existen en la naturaleza inorgánica de nuestro planeta como elementos dispersos. Sólo por efecto de su organización reciente y paulatina complejidad han llegado, a través de un largo proceso de interacción molecular, a formar lo que conocemos como materia orgánica, la cual a su vez integra la materia viva con la capacidad de cumplir funciones específicas, hasta las más complejas como la de tener conciencia de su propia existencia y poseer deseos y sentimientos.

El estudio de la larga serie de mezclas y combinaciones de estos elementos se cuenta en millones de años. Partiendo del conocimiento de que la tierra se formó hace aproximadamente 4 800 millones de años con una atmósfera diferente a la actual, después de 1 800 millones de años de evolución y cambios, podría ubicarse el nacimiento de la primera célula viva hace 3 000 millones de años y muchísimo más tarde la aparición del Homo Sapiens que apenas tiene 2 millones de años de evolución; es decir cuatro diezmilésimas partes de la historia de la tierra.

¹ F. Engels, "Dialéctica de la Naturaleza", en Marx, C. y Engels, F. Obras Completas. Moscú, Ed. Progreso, 1961, T.20, p. 343.

² F. Engels, Anti-Dühring Filosofía de la Naturaleza. México, Ediciones de Cultura Popular, 1980, pp. 46-83.

Pero más que los espacios de tiempo, nos interesa referirnos al continuo movimiento de la materia, que por complejidad sucesiva y cambios cualitativos se eleva primero a movimiento orgánico, y a movimiento vital después, hasta llegar a la vida social. Las leyes de la dialéctica que se plantean precisamente con base en el constante desarrollo de la materia se expresan con mayor claridad en el estudio de esta larga evolución.

La ley más general del cambio y movimiento continuos, la ley de la transformación de los cambios cuantitativos en cualitativos, y la ley de la unidad y la lucha de los contrarios y, finalmente la ley de la negación,³ demuestran su validez de ciencia de la concatenación universal cuando se las aplica al estudio de la química, de la sociología, así como de cualquier otra disciplina científica.

Desde que se conoce que el átomo no es la partícula indivisible de la materia, sino una estructura cuyos protones y electrones están en continuo movimiento, el movimiento continuo de la materia dejó de ser una intuición y se pudieron explicar la serie de uniones covalentes entre átomos diferentes y la formación de nuevas moléculas con nuevas capacidades de combinación. El salto cualitativo de la transformación de la materia inorgánica en orgánica se produce cuando un elemento, el carbono, tiene las características especiales de tener cuatro valencias susceptibles de combinarse con una o dos valencias del oxígeno o hidrógeno. Estas posibilidades condicionan la aparición de los hidrocarburos, primero, y después de los hidratos de carbono, los ácidos grasos y las grasas. Cuando el nitrógeno es el elemento que entra en la combinación, añadiéndose al hidrógeno y al oxígeno, surgen las nuevas moléculas de las proteínas que señalan ya los albores de la materia viva.

En el mundo médico es muy conocido el trabajo sobre Bioquímica de Lehninger; su tratamiento sobre “el origen de la vida”⁴ es una temática que debiera ser conocida no únicamente por especialistas médicos, sino también por otro tipo de profesionistas, pues permite apreciar cómo un científico de la química, alejado de las ciencias sociales, sólo con describir objetivamente una realidad —lo que él llama la “lógica molecular de la materia viviente”—, aporta un precioso arsenal de conocimientos que más allá de los propósitos del investigador, ratifica, sin mención expresa, la validez del materialismo dialéctico.

³ F. Konstantinov, et. al. **Fundamentos de Filosofía Marxista Leninista**. México, Ed. Progreso, 1975, pp. 125-162.

⁴ A. L. Lehninger, “El origen de la vida”, **Bioquímica**. Barcelona, Ediciones Omega, S.A., ed, 1972, pp. 813-839.

El autor señala que “gracias a los muchos avances científicos realizados en la última década” (se refiere a la de 1960), inquirir sobre el origen de la vida ya no es sólo pura especulación; pues se tienen respuestas válidas y que “pueden imitarse en el laboratorio algunos, por lo menos, de los eslabones de la formación de biomoléculas”.

Lehninger describe el detalle de la formación de las moléculas orgánicas bajo la influencia de la energía solar, de la luz ultravioleta, del calor o de las descargas eléctricas; además la disolución de estas substancias en el mar primitivo y las diferentes hipótesis que explican el nacimiento de moléculas más complejas hasta llegar a la primera célula viva; los cambios atmosféricos generados por el surgimiento de células fotosintéticas productoras de oxígeno, etcétera. Escapa a los objetivos de esta disertación abordar el detalle. Nuestro propósito es simplemente señalar que las grandes esferas de la realidad, lo inorgánico, lo orgánico y la vida, pertenecen a la unidad de la materia en movimiento, sin pretender que sean iguales, porque en medio se dan cambios cuantitativos y cualitativos importantes. Lo orgánico niega a lo inorgánico. La vida a su vez es la negación de aquella negación, sin embargo la unidad de la materia en movimiento no se destruye.

Evolución histórica de la sociedad

A diferencia del origen de la vida y de la evolución de la primera célula hasta llegar al Homo Sapiens que, como acabamos de ver, se cuenta en millones de años, la evolución histórica de la sociedad es mucho más reciente. Al comparar Lehninger los 2 millones de años que tiene el Homo Sapiens con la edad de la tierra, los hace corresponder a los 30 segundos últimos de un día de 24 horas. Para hablar de la historia de la sociedad desde el Paleolítico, que data de 700 a 600 mil años A. de C.,⁵ tenemos que referirnos, dentro de la misma comparación, más o menos, sólo a 10 de estos 30 segundos de historia. Es evidente que los cambios en la vida social son distintos a los biológicos. Mientras que, por lo menos en el estado actual de la ciencia, las mutaciones genéticas, que explican la evolución de las especies,⁶ se hacen en millones de años, las sociedades cambian radicalmente en plazos infinitamente menores.

Hacemos estas referencias para ubicar la evolución de la humanidad en su amplia extensión y comprender mejor que lo que pudiera aparecer como culminación acabada de periodos estabilizados que

⁵ M. Barquin, Cap. I. “La Enfermedad y la Medicina en la Prehistoria. La Medicina de los Pueblos Primitivos”, México, **Historia de la Medicina**. Impresiones Modernas, 1971, pp. 3-14.

⁶ C. Darwin, **El origen de las especies**. Barcelona, Bruguera, 1980, 671 pp.

ya no cambian, no son sino instantes de un movimiento que no se detiene. Lo que a cada generación le corresponde apreciar en un periodo de vida de 60 a 70 años, correspondería, dentro del mismo símil, a diezmilésimas de segundo.

Es suficiente comparar los periodos históricos últimos para apreciar cómo el ritmo de cambios sociales se acelera gigantescamente, a diferencia de los cambios biológicos que no alcanzamos a percibir. Los 200 últimos años que siguen a la invención de la máquina de vapor han cambiado tanto o más la humanidad que los 2 000 años anteriores. La generación de maestros de esta universidad que tiene más de 40 años de edad, ha sido testigo del nacimiento y desarrollo de la electrónica que está revolucionando las ciencias de la comunicación y la producción a niveles que se aproximan o se sobrepone a los de la ciencia ficción de pocos años atrás.

Paralelamente, la sociedad tranquila de nuestros antepasados inmediatos, padres o abuelos, perdió su apariencia idílica y su calma. Una mejor conciencia del derecho a la vida de millones de explotados los ha hecho revelarse y sacude las actuales estructuras con un clamor de cambios que resultan irrefrenable aun al criterio de las mentes más conservadoras.

Precisamente la velocidad de estos cambios que sustituyen una organización por otra, ha facilitado el estudio de la sociedad y ha hecho posible el surgimiento de una teoría sociológica científica capaz de establecer las leyes y las fuerzas motrices de su desarrollo. Las leyes del materialismo dialéctico que, como acabamos de mencionar, rigen la evolución de la materia y encuentran su confirmación en los fenómenos químicos y bioquímicos, son aplicables también a la evolución de la sociedad, con el debido cuidado de tomar en cuenta sus diferencias específicas para no caer en el materialismo vulgar y mecanicista.

Las leyes generales del materialismo dialéctico, al ser aplicadas al estudio de la sociedad, adquieren el carácter de teoría sociológica general, que bajo la denominación de materialismo histórico estudian científicamente la sociedad humana con sus peculiares características y sus cambios en las distintas épocas históricas.

Al aplicar las leyes filosóficas generales a la evolución de la materia y la sociedad, no se pretende reducir las particularidades propias de la sociedad a características simplemente materiales, sino afirmar que el método científico, como tal, es común al estudio de la naturaleza y la sociedad. "De la misma manera que Darwin puso fin a la opinión de que las especies de animales y plantas no tienen ninguna ligazón, de que son casuales, 'obra de Dios' e inmutables y dio por primera vez a la biología una base completamente científica al descubrir la mutabilidad de las especies y su continuidad; de esa misma manera Marx puso fin a la concepción que se tenía de que

la sociedad es un agregado mecánico de individuos que admite toda clase de cambios por voluntad de los jefes (o, lo que es igual, por voluntad de la sociedad y del gobierno), agregado que surge y se modifica casualmente, y dio por primera vez a la sociología una base científica, al formular el concepto de formación socioeconómica como conjunto de determinadas relaciones de producción y deja sentado que el desarrollo de estas formaciones constituye un proceso natural”.⁷

Si bien las categorías sociológicas que se conciben al aplicar el método dialéctico a la sociedad no requieren definición expresa para los científicos sociales, queremos recordarlas a simple título aclaratorio, sin profundizar en ellas y sólo para beneficio de los estudiantes de ciencias biológicas, que por la parcialización de sus estudios no hayan tenido contacto con tales categorías.

Formación socioeconómica. Las diferentes teorías sociológicas derivadas del positivismo presentan explicaciones contradictorias y ambiguas de la sociedad, al extremo de hacer difícil la precisión de su significado. Para el materialismo histórico hay una razón fundamental que determina la reunión de varios individuos en una sociedad común: la necesidad de producir bienes materiales para satisfacer sus necesidades. Desde las épocas más remotas los individuos se juntan, fundamentalmente, para sumar su trabajo en procura del logro de bienes necesarios.

Las diferentes maneras de asociación en el trabajo dan lugar a distintas formaciones socioeconómicas que integran la sociedad global. Otras afinidades étnicas, religiosas, etcétera, que contribuyen a la estructuración de la sociedad, son secundarias a la necesidad primaria de producir su propio sustento.

Tomando en cuenta el hecho de que la producción material es la base de la vida social, el proceso de la producción y concretamente, el trabajo humano, resulta ser determinante en la evolución social. Algo más, el trabajo es también responsable de la evolución del hombre individual y biológicamente considerado. En interacción dialéctica el trabajo es producto del hombre y a su vez contribuye a su formación. A este respecto, la obra de Engels “El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre”⁸ describe cómo, gracias al paso a la posición erecta, nuestros antepasados pudieron utilizar las manos y adquirir destrezas que, transmitidas de generación en

⁷ V. I. Lenin, Tomo I “Quiénes son los ‘Amigos del Pueblo’ y cómo Luchan contra los Socialdemócratas”, **Obras Escogidas**. Moscú, Ed. Progreso, 1975, pp. 14-15.

⁸ F. Engels, “El Papel del Trabajo en la Transformación del Mono en Hombre”, en Marx, C. y Engels, F. **Obras Escogidas**, T. III Moscú, Ed. Progreso 1980, pp. 66-79.

generación, contribuyen incluso al desarrollo cerebral y a que, con el trabajo que iniciaron las manos, surgiera la necesidad de comunicación. Paulatinamente, esta necesidad dio origen a la fundación que hizo al órgano; la laringe, la boca y el cerebro se desarrollaron hasta lograr la articulación de sonidos; es decir el origen del lenguaje.

Fuerzas productivas. Son las que participan en el proceso del trabajo para la transformación de un objeto material en un producto terminado. Estas son, en primer lugar, **El hombre** y en segundo los **Medios de producción**, que están integrados por los instrumentos que el mismo hombre crea para su trabajo y los recursos naturales como la tierra, el agua, la energía de los torrentes, etcétera, que éste es capaz de aprovechar.

Tanto el hombre como los medios de producción han variado en el curso de la historia. El hombre primitivo que apenas comienza a liberar sus manos de la locomoción cuadrúpeda tiene, indudablemente, menos habilidades y conocimientos que el hombre de nuestro siglo, con destrezas e información acumuladas y una conciencia más evolucionada. Los instrumentos varían, desde el simple palo para bajar los frutos de los árboles, hasta los sofisticados robots mecánicos de nuestros días. Los recursos naturales aprovechables también aumentan cada día.

Relaciones de Producción. Son las que se establecen —en el proceso de producción— entre los individuos que integran una sociedad determinada. El aspecto relativo a la propiedad de los medios de producción es una de sus características salientes. Su evolución histórica varía desde la existencia de relaciones colectivas o comunales fundadas en la propiedad social de las condiciones materiales de la producción, hasta la presencia de relaciones de producción basadas en el dominio grandilocuente de la propiedad privada en su forma más desarrollada.

Modo de producción. Es la forma de producir que resulta de la interacción del hombre, los instrumentos de que dispone y la relación social establecida respecto a la propiedad de estos medios de producción y del producto elaborado. La interacción recíproca entre el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas (hombre y medios) y las relaciones de producción define el modo de producción en los distintos periodos históricos.

Base o infraestructura. Se llama así al conjunto integrado de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que definen un modo particular de producción, que a nivel de la formación social dada constituye la base que modela las características de la superestructura.

Superestructura. Se define como “el conjunto de ideas, instituciones y relaciones sociales, que tienen como fundamento una base económica dada”.⁹ Las ideas sociales configuran la ideología de la superestructura bajo la influencia de la clase dominante. Las principales instituciones son el Estado, las organizaciones jurídicas, políticas, religiosas, etcétera. Las relaciones sociales de la superestructura son las secundarias, morales y otras que se agrupan como relaciones ideológicas.

El materialismo histórico sostiene que estas ideas, instituciones y relaciones se configuran y organizan bajo la determinación del modo de producción y varían en consonancia con éste. La superestructura social depende de la infraestructura. Esta dependencia, sin embargo, no es mecánica ni lineal, sino dialéctica, vale decir que si bien la estructura del modo de producción determina la ideología, la organización y relaciones de las instituciones jurídicas, políticas, religiosas o de cualquier otro tipo, influyen en los cambios del modo de producción tanto a través de los cambios en las fuerzas productivas (desarrollo humano y de los medios de producción) como de las relaciones de producción.

Clases sociales. Las relaciones de producción y más concretamente la forma de apropiación de los medios de trabajo determina la existencia de dos clases sociales fundamentales: los que son dueños de los medios de producción y los que no tienen sino su fuerza de trabajo. A los primeros pertenece la burguesía y a los segundos el proletariado en el modo de producción capitalista.

Esta definición esquemática se complica en la práctica con algunas posiciones intermedias o menos definidas, que varían además en los distintos modos de producción de los diferentes periodos históricos y las sociedades específicas. En la sociedad primitiva los instrumentos de trabajo son de propiedad colectiva. En el capitalismo desarrollado estos medios de producción se acumulan en poder de la burguesía, mientras que el obrero dispone sólo de su propia fuerza de trabajo. Entre ambos extremos discurre un largo proceso, en el cual inicialmente las clases no existen y desde el momento que aparecen, su determinación no es tan simple en la práctica como en el esquema. Sin embargo, en lo fundamental la división en dos clases sociales opuesta existe desde la primera apropiación de los medios de producción y simultáneamente se inicia la lucha entre ambas, lucha que es el motor de los cambios, tanto en el modo de producción como en las ideas, instituciones, etcétera.

⁹ F. Konstantinov, et. al. **Fundamentos de Filosofía Marxista Leninista**, Parte II Materialismo Histórico, México, Ed. Progreso, 1975, p. 81.

Periodos históricos

Utilizando las categorías descritas, podemos precisar que la relativamente rápida evolución histórica de la sociedad y los cambios que se producen incluso de una generación a otra, están influenciados por el desarrollo de las fuerzas productivas. Tanto el hombre como los medios de producción de que dispone avanzan cada día. Al hacerlo, determinadas relaciones de producción resultan caducas y como tales, entorpecedoras de la productividad social, lo cual genera la conciencia de la necesidad de cambios, la lucha por lograrlo y los cambios mismos.

Las clases sociales antagónicas que están en continua lucha son sujeto y objeto de estos cambios. Las clases explotadas, por relaciones de producción antiguas, acumulan su descontento hasta imponer otras nuevas relaciones que cambian el modo de producción (base o infraestructura), lo cual provoca cambios supraestructurales en las ideas, instituciones y relaciones sociales. No está de más insistir que esta secuencia repetida con fines didácticos no es absoluta. La relación de la infraestructura social con la superestructura no es lineal, repetimos, sino dialéctica; aunque la primera es condicionante de la segunda hay entre ambas una acción recíproca.

Para los que atribuyen al materialismo histórico un economicismo exclusivista, conviene recordar que:

Ningún cambio en la superestructura puede ser explicado sólo por causas económicas. En el seno de los propios elementos de la superestructura surgen acciones recíprocas diversas, que tienen consecuencias no condicionadas a veces económicamente. La economía determina la superestructura social sólo en última instancia.

La superestructura es siempre **una fuerza activa**, que influye en todos los aspectos de la vida social, incluida su base.¹⁰

El cambio histórico de los diferentes modos de producción ha permitido esquematizar periodos de estudio. Esto no significa que tales periodos sean los únicos, ni que indispensablemente la evolución de la humanidad hubiera tenido que pasar por ellos.

La usual —aunque no siempre exacta— división de la historia en cuatro periodos: sociedad Primitiva, Esclavismo, Feudalismo y Capitalismo, nos permite resumir la evolución de los modos de producción a los cuales se asocian determinadas expresiones de la superestructura de las distintas formaciones sociales, entre las cuales están incluidos los conceptos de salud y de enfermedad. Hay que

¹⁰ F. Konstantinov, et. al. *Op. cit.* p. 84.

recalcar, sin embargo, que nos referiremos a un esquema con las ventajas didácticas que ello implica y las limitaciones consecuentes frente a una realidad que es mucho más compleja.

La humanidad, por diferentes circunstancias naturales, como clima, productividad del suelo, riquezas naturales, facilidades de comunicación, etcétera, particularmente por condiciones histórico sociales concretas, se ha desarrollado en forma desigual en el tiempo y en las diferentes regiones geográficas. No todas las sociedades han pasado por los mismos periodos. Por ejemplo, las tribus germanas y los eslavos mantuvieron relaciones gentilicio-tribales hasta pasar al feudalismo sin atravesar el régimen esclavista.¹¹ Otras sociedades desarrollaron formas de producción que no corresponden exactamente con las anotadas. Algo más, estos modos de producción no siempre se suceden cronológicamente; en nuestro continente americano se han dado situaciones sociales que albergan simultáneamente modos de producción esclavista, feudal y capitalista.

Sociedad primitiva. Durante la sociedad primitiva el modo de producción elemental, reducido en la práctica a la recolección de alimentos no cultivados, a la caza y pesca, se asocia con una superestructura también simple. Sus ideas son mágicas. Los fenómenos naturales (rayo, lluvia, etcétera) adquieren significado o personificación divina, buena o mala, pero diferenciadas en forma absoluta. Sus instituciones son la tribu, gen o clan y sus relaciones son las naturales sobre la base de la igualdad colectiva.

En cuanto al aspecto de salud, el hombre es víctima de todas las inclemencias naturales, sin diferencia de clases sociales, que no existen todavía. En esta época, probablemente de mortalidad muy elevada, es de suponer que la sobrevivencia se determinaba más por las leyes darwinianas que por acción alguna de protección eficaz a la salud. La evolución humana empieza a generar rudimentarias formas de protección contra el frío o el calor. La alimentación es precaria, sujeta a las grandes variaciones regionales o climáticas.

El instinto de curación, que existe desde la vida animal, manifestado en el acto de lamer las heridas, que es muchísimo anterior al conocimiento de la utilidad del aseo o de las virtudes de la lisozima salival, desarrolla en este periodo funciones rudimentarias y cuando llega a integrar una actividad médica ésta es de carácter mágico en concordancia con su ideología. El origen de la enfermedad se atribuye a maleficios o fenómenos naturales que se internan en el paciente y no solamente en él sino en la familia o la tribu entera. La práctica médica está dirigida a combatir los espíritus malignos.

¹¹ O. Zhidkov, V. Chirkin, Yu. Yudin, **Fundamentos de la teoría socialista del estado y el derecho**. Moscú, Ed. Progreso, 1980, p. 367.

Se puede concluir que en este periodo el hombre es víctima de las inclemencias naturales sin diferencias sociales que todavía no existen. Los conceptos de salud y enfermedad son mágicos y la práctica médica es la del brujo o Chamán.

Esclavitud. El desarrollo de las fuerzas productivas permite la paulatina acumulación de excedentes y de instrumentos de trabajo, que originan un cambio cualitativo con el surgimiento de un nuevo modo de producción diferente al de la sociedad primitiva. Aparece la propiedad privada de los medios de producción y con ella la división en dos clases sociales: los poseedores de los medios de producción (particularmente la tierra) y los desposeídos. Empiezan las guerras de conquista y cambios económicos sociales que condicionan el surgimiento del esclavismo en gran parte del mundo entonces conocido y que tomando en cuenta sus variantes regionales puede considerarse el modo de producción predominante desde tres mil a cuatro mil años antes de nuestra era, hasta el siglo V de la era actual.

En este modo de producción, la sociedad se divide en dos grandes clases: los esclavos, que constituyen la principal clase productora y son considerados como una cosa, susceptible de compra y venta, o aun de eliminación física, y los amos, que tienen derecho de propiedad no sólo sobre los medios de producción, sino también sobre los propios esclavos. Esta es la principal relación de trabajo, aunque independientemente existan artesanos y pequeños agricultores libres.

Las ideas de este sistema son diferentes a las del anterior. La concentración del trabajo manual en los esclavos permite a los amos, o determinadas partículas privilegiadas de la sociedad, realizar comodamente un trabajo intelectual que inicialmente estimula el desarrollo social. Es la etapa que inicia la especulación del pensamiento y en la cual nacen las grandes escuelas filosóficas. Aparece el **Estado** como institución responsable del mantenimiento del sistema y de la coacción necesaria para mantener el dominio de una clase sobre la otra.

En cuanto a los determinantes de salud o enfermedad, éstos siguen siendo las inclemencias naturales, agudizados por procesos patógenos específicos correspondientes a ciertos procesos determinados, todavía no dominados pero bajo algún control para las clases privilegiadas y agravadas por la explotación social directa del hombre por el hombre para los esclavos.

Los conceptos de salud y enfermedad siguen siendo mágicos en gran parte; al mismo tiempo la acumulación de observaciones empíricas transmitidas de generación en generación permite el conocimiento de determinadas causas físicas o ambientales de la enfermedad y el uso de plantas medicinales, al tiempo que se inicia también

el conocimiento de la anatomía y fisiología. La medicina Hipocrática es, probablemente, una de las mejores expresiones de los avances logrados en la época. La ideología que pertenece exclusivamente a la clase dominante, única en condiciones de pensar, orienta la observación de la causa de la enfermedad de acuerdo con las teorías filosóficas predominantes.

Es de destacar la agudeza de la observación de síntomas patológicos y la descripción minuciosa de enfermedades, basada exclusivamente en la observación directa de los órganos de los sentidos, ya que los instrumentos del examen médico no existían todavía.

La asistencia médica al enfermo está sometida a la división en clases de la sociedad. Privilegiada para los amos y discriminada para los esclavos, cuya atención se ha comparado con la de la medicina veterinaria.

Feudalismo. El modo de producción feudal se caracteriza por la gran propiedad agraria del señor feudal y la pequeña economía natural de los campesinos, dueños de su fuerza de trabajo y de elementales instrumentos de labranza de la tierra o de trabajo artesanal; pero sujetos a explotación a través del trabajo servil, no remunerado, y de la obligación del pago de diezmos, primicias y otras gabelas.

La sociedad se organiza en estamentos fijos, con categorías especiales de privilegio para los nobles frente a los comerciantes, artesanos, campesinos, etcétera: En la práctica se puede decir que el Estado feudal es la dictadura de los grandes hacendados que explotan la fuerza de trabajo de masas de campesinos marginados de la cultura y la educación. A la coacción física del Estado se añade la ideología de la religión, la cual de un politeísmo variado y circunscrito a pequeñas áreas de influencia llega a consolidar el dominio de una religión única para grandes zonas geográficas. El cristianismo, budismo o el islamismo se imponen en sus respectivas grandes zonas de influencia, convirtiéndose en un instrumento de sometimiento espiritual de la población. El cristianismo, que había contribuido a la liberación de los esclavos romanos, pasa, en el feudalismo, a la prédica de la sumisión y la resignación, inculcando a las masas campesinas que la vida terrena es un “valle de lágrimas”, cuyos sufrimiento y privaciones sirven para purificar el alma y hacerla digna de alcanzar la eterna felicidad en “la otra vida”.

Este modo feudal que caracteriza a toda la Edad Media (del siglo V al XVII), no ha desaparecido totalmente. Muchos países latinoamericanos mantienen formas de producción feudal que fueron comunes a casi todos, antes de los cambios producidos por diferentes tipos de reformas agrarias que se difundieron recién en la segunda mitad de este siglo.

Los determinantes de la enfermedad durante el régimen feudal si-

guen siendo las inclemencias naturales, prioritariamente, ya que se avanza muy poco en el dominio de las fuerzas naturales. Aunque en menor grado que en el esclavismo, el riesgo de enfermedad y mortalidad tampoco se distribuye homogéneamente; la explotación social de las grandes mayorías de campesinos contribuye al aumento de los riesgos para este sector. El abandono del cuidado del cuerpo por las prácticas espirituales deterioró la higiene personal, incluso de la clase privilegiada. Aunque en conjunto las condiciones de vida mejoraron para la mayoría de la población, determinadas prácticas higiénicas y de cultura física de la clase dominante se deterioraron. Las grandes epidemias de las épocas anteriores se repitieron igual y algunas con mayor incidencia.

La dominación casi absoluta de la ideología religiosa perjudicó la acumulación paulatina de conocimientos médicos que se venía desarrollando, aunque no la detuvo. El progreso en el estudio de las enfermedades avanzó tan lentamente como en general fue lento el progreso científico. El castigo de Dios por los pecados del hombre o las pruebas de sometimiento de la voluntad humana al servicio de la omnipotencia divina explican el origen de muchos males, incluido entre ellos la enfermedad.

La atención médica continuó siendo un privilegio para la clase dominante, la nobleza y el alto clero y discriminada para los siervos. Sin embargo, la práctica religiosa de la caridad cristiana inició un cambio. “El cristianismo —dice Sigerist— libró al enfermo del fardo que antes soportaba, dejando de ser considerado un ser inferior o alguien que debía ser castigado por pecar”.¹² La concepción de una comunidad, en la cual, a la manera de una gran familia, todos son hermanos (aunque diferentes por su posición socio-económica) y la obligación moral de cuidar del prójimo enfermo, son factores que condicionaron el nacimiento de los hospitales al amparo de la Iglesia y atendidos inicialmente por clérigos o profesionistas al servicio de la caridad cristiana.

Capitalismo. El desarrollo de las fuerzas productivas entra en contradicción con el estancamiento de la sociedad feudal, la cual, pese a la rigidez del sistema y su aparente inmutabilidad, termina por ceder ante la insurgencia de una nueva formación socioeconómica que va a reemplazar al feudalismo.

Una serie de circunstancias contribuyeron al cambio cualitativo que reemplazó el modo de producción feudal por el capitalista. El dominio paulatino de hombre sobre la naturaleza incrementó la producción, generalizando el carácter mercantil de la misma, de modo que creó un mayor número de necesidades. La incorporación de ma-

¹² H. Sigerist, **Historia y sociología de la Medicina**. Selecciones y Traducción de Gustavo Molina, Bogotá, Colombia. 1976. p. 35.

· yor número de población para el consumo, por la vía de la ampliación del mercado interno, impulsó la manufactura y la producción mecanizada. Crecieron las aldeas y las ciudades; se desarrolló el comercio y las relaciones monetario mercantiles. Todo lo cual condicionó el nacimiento de una nueva clase social: la burguesía, que luchó contra los privilegios de la nobleza y la rutina de sus técnicas atrasadas, hasta lograr la implantación del nuevo sistema.

En el capitalismo las fuerzas productivas se liberan de las coacciones extraeconómicas y desaparecen otras limitaciones existentes en el feudalismo: pero el hecho de que los medios de producción, conforme más se desarrollan más se concentran como propiedad privada de un sector de la sociedad, genera una diferencia sustancial que da inicio al surgimiento de sus propias contradicciones. La lucha de clases es enfrentada por la burguesía, que es dueña de los medios de producción y por el proletariado. El siervo campesino, al liberarse de las gabelas del feudalismo, ingresó a la sociedad mercantil formalmente libre e igual en derecho, pero sin tener otra cosa que vender que su fuerza de trabajo convertida en mercancía.

La liberación de las fuerzas productivas de las limitaciones del régimen feudal, la ampliación del mercado y la necesidad de incrementar la producción, se tradujeron a nivel de la superestructura en un impulso a la ciencia y a la tecnología. Los triunfos de la inteligencia humana en el rápido desarrollo de la industria mecanizada, los progresos logrados en el conocimiento de las ciencias naturales, terminaron con muchos mitos y tabúes del pasado y dieron pie a la formulación de nuevas hipótesis para explicarse el origen y la evolución de la sociedad. Bajo la influencia del “rigor científico”, de las ciencias mecánicas y del mejor conocimiento de la estructura biológica y de las funciones orgánicas, se planteó también la necesidad de conocer “objetiva” y “científicamente” la sociedad, dando lugar al nacimiento del positivismo.

Como una expresión de la burguesía naciente, Comte es quien planeó la filosofía positivista, la cual no tardó en constituirse en dominante, y como tal fue aplicada al estudio de la salud y la enfermedad; más propiamente de la enfermedad, ya que la salud preocupaba menos. Se desarrolló la medicina, basada en la observación científica y en la experimentación. Los grandes descubrimientos de Pasteur en bacteriología, de Bichat en histología y anatomía; la teoría de la “Patología Celular” de Virchow, y otros grandes avances del conocimiento, contribuyeron a un desarrollo acelerado de la ciencia médica.

La posibilidad de observación de la vida microscópica con los instrumentos ideados por Leeuwenhoek permitió la profundización del estudio de la etiología y la patogenia de las enfermedades. La observación clínica, que empezó a instrumentarse con el primer estetos-

copio creado por Laënnec (1816), recibe un poderoso respaldo con el descubrimiento de los Rayos X por Guillermo Conrado Roentgen (1895). En síntesis, se desarrollaron tanto el mejor conocimiento de la enfermedad, como los instrumentos para la observación del enfermo, a lo cual se unió además el progreso de la industria farmacéutica con grandes avances en la terapéutica y la medicina preventiva. Uno de los hitos más importantes de este avance es el descubrimiento de la vacuna contra la viruela, publicado en 1798 por Eduardo Jenner. Sin embargo, como desmotivación del desnivel entre el progreso biológico y la organización social, podemos mencionar el hecho de que la vacuna de Jenner, cuya eficacia fue demostrada de inicio, tardó 150 años en ser aplicada a toda la población para que ahora recién la enfermedad pueda considerarse erradicada.

En cuanto a los determinantes de la morbilidad, conforme la humanidad fue capaz de ejercer mayor dominio sobre la naturaleza, se desplazaron para ser más sociales que naturales. Hemos visto que en la sociedad primitiva las inclemencias naturales actuaron homogéneamente en contra del desarrollo humano; en el esclavismo y feudalismo esta situación se modificó parcialmente a favor del hombre, pero estuvo acompañada de otras agresiones derivadas del propio sistema social en contra de la mayoría de la población. En el capitalismo, la explotación del hombre por el hombre genera situaciones diferentes, de las cuales depende la nutrición, la educación, el modo de vida y el proceso salud-enfermedad.

La atención médica continúa siendo diferente para las clases sociales antagónicas; no ya en virtud de los privilegios preestablecidos del esclavismo o el feudalismo, sino en razón de la diferente capacidad económica de los enfermos.¹³

Todas las anteriores circunstancias configuran una situación en la cual no sólo los determinantes del proceso salud-enfermedad son sociales, sino también la atención a la enfermedad es discriminada por efecto de las mismas causas sociales. Pero la importancia de este tema nos obliga a extendernos algo más en él, al margen del esquema con él que hemos considerado los modos de producción aludidos.

La sociedad actual y el proceso salud-enfermedad

Al iniciar este breve recuento de los cuatro principales modos de producción que caracterizaron diferentes épocas históricas, hacíamos notar lo esquemático de nuestra referencia y preveníamos sobre la dificultad de poder señalar periodos cronológicos para hechos

¹³ A. Vasco Uribe, **Salud, Medicina y Clases Sociales**. Medellín, Colombia, Ed. La pulga Ltda., 1975.

que no tienen límites fijos y que además se entremezclan y combinan. Pese a estas limitaciones es fácil observar que el ritmo de los cambios se acelera progresivamente conforme avanza la historia. Aun reconociendo el valor arbitrario de las fechas, dijimos que el esclavismo fue la forma dominante desde hace tres o cuatro milenios antes de nuestra era, hasta el siglo V de la actual, el que se puede tomar como comienzo del predominio del modo de producción feudal, el cual se prolonga por doce siglos hasta el XVII.

El modo de producción capitalista no alcanza periodos de estabilidad semejantes, es más, los cambios ocurren al interior del mismo; la acumulación originaria de capital —como su gestación—, la libre empresa, el capitalismo monopólico o el imperialismo, se suceden y combinan creando, simultáneamente, sus propias contradicciones, agudizando, como en ningún periodo anterior, la lucha de las fuerzas contrarias de las dos clases en pugna: la burguesía y el proletariado. Con una diferencia más, el propio desarrollo científico-tecnológico que impulsa el sistema capitalista, paralelamente al considerable desarrollo del conocimiento en general, permite el análisis de la propia sociedad.

Marx y Engels, a mediados del siglo XIX, formularon los postulados del materialismo histórico e iniciaron el estudio realmente científico de la historia. El conocimiento de la sociedad pasa, de lo anecdótico o meramente descriptivo, al conocimiento de las leyes más generales del desarrollo de la sociedad, al surgimiento de las formaciones socioeconómicas y a las fuerzas motrices de su desenvolvimiento. La propia formación socioeconómica del capitalismo es rigurosamente analizada en su origen, movimiento, desarrollo y en sus proyecciones por Carlos Marx en su obra “El Capital”.¹⁴ La ciencia se empieza a aplicar al estudio de la sociedad.

La clase opresora, la burguesía, no es la única con capacidad de pensar como ocurría, predominantemente, en el régimen esclavista, ni tiene el predominio absoluto de la religión como en el feudalismo. La clase proletaria tiene mayor capacidad de expresión que la de los esclavos o los siervos y es capaz de influir en grandes sectores de la pequeña burguesía y aún de la misma burguesía. La misma religión se moderniza en algunas de sus expresiones minoritarias y en lugar de la virtud de la paciencia se suma a la defensa de los derechos humanos y la igualdad de los hombres. El choque de ideologías en la superestructura es más agudo que antes y lo es también su influencia en la base o infraestructura. Las condiciones materiales que definen la formación socioeconómica reciben cada vez mayor influencia de la superestructura de la misma sociedad.

¹⁴ C. Marx, *El Capital*. Décima edición en español, Siglo XXI, 3 tomos, 1981.

En la medida que el hombre va dominando las fuerzas naturales y ampliando los límites del conocimiento, es también capaz de plantearse científicamente la difícil tarea de dominar o modificar también las relaciones sociales de producción y crear una sociedad más justa sin esperar que ésta resulte de la exclusiva evolución material y de las contradicciones económicas.

Estas audacias de la humanidad, fruto de la conciencia de clase y del conocimiento científico de la sociedad, que no se dieron en periodos anteriores, hacen que la sociedad viva más convulsionada; que la lucha de las fuerzas contrarias adopte diferentes formas, y que la humanidad discorra entre la posibilidad de dominar definitivamente las fuerzas de la naturaleza y la sociedad en su propio beneficio o se autoelimine por efecto de su propio poder destructivo.

En estas circunstancias la salud y la enfermedad reciben las influencias contradictorias de la sociedad vertiginosamente cambiante.

Resulta obvio que las calamidades naturales, inclemencias climáticas, periodos de inundación o de sequía, que provocaban hambruna o epidemias incontroladas en anteriores periodos, así como otras causas naturales de la enfermedad y la muerte, son cada vez mejor controladas por el poder humano, aunque en su lugar aparezcan otras sociales. La baja remuneración económica, el desempleo o la sobre-fatiga de un trabajo desmedido, provocan las principales alteraciones de la salud. La desnutrición ya no es más efecto de la falta de alimentos. Los fertilizantes y la tecnología moderna, con capacidad de hacer producir hasta los desiertos, no nos permiten hablar de “La tierra avara”. La avara es la sociedad que privilegia el usufructo de los alimentos y otros bienes a niveles patógenos para muy pocos y permite que sufran de hambre los más.

En este sentido, señalamos que los determinantes de la enfermedad y la muerte se desplazan de la naturaleza a la sociedad; esto en la medida en que el hombre es capaz de dominar mejor la naturaleza, pero no todavía su sociedad.

No pretendemos afirmar que el capitalismo haya empeorado las condiciones generales de vida de los anteriores periodos. Sólo desde posiciones de un anticapitalismo romántico, se podría refutar el innegable progreso económico y sanitario y propiciar el retorno a un imaginario idílico pasado. No se pretende negar lo que tan objetivamente señala Berlinguer al referirse a la utilización de los adelantos de la técnica, a las modificaciones del ambiente y al progreso sanitario logrado en los últimos decenios. El investigador italiano hace notar que pese a que los esclavos no tenían lápidas en sus sepulcros y que los datos disponibles se refieren a individuos con cierto privilegio “en las momias egipcias la expectativa promedio (de vida) era de 25-30 años; a fines del siglo XVIII había llegado a 30-35 años, según cuanto testimonian los registros parroquiales. Con el

desarrollo de la industria se produce luego el gran salto hacia adelante, alcanzándose, por lo menos en las zonas industrializadas, un promedio de vida que oscila entre los 65 y los 70 años, índice que tiende a ser superado".¹⁵

Lo que se objeta al capitalismo no es el mayor o menor grado de avance industrial, sino que el nivel de bienestar general que se logra no guarde proporción con el progreso de las fuerzas productivas y con el adelanto de la ciencia. Resulta injustificable que el beneficio que logra el progreso tecnológico y científico se concentre en pequeñas minorías y que las grandes colectividades de trabajadores sufran de limitantes que hoy en día son susceptibles de ser superadas.

Pero no sólo es importante referirse a los determinantes de la enfermedad. A nivel de la superestructura de la sociedad actual se dan también concepciones diferentes de la salud y la enfermedad; formas distintas de organización de la práctica médica, y diversos modos de relacionar la medicina con la estructura social, todo lo cual no es patrimonio exclusivo de los médicos, sino un área de investigación recientemente abierta para que participen en ella los científicos sociales de diferentes disciplinas.

Con el cambio al modo de producción capitalista cambian también los conceptos de salud y enfermedad.

La revolución industrial y el tecnicismo que se desarrolla, alentado por los éxitos en las grandes transformaciones de la agricultura, la ganadería y otras actividades que amplían considerablemente la capacidad de producción de bienes de consumo, influyen también la ciencia médica. El organismo humano, cuanto mejor es conocido es más asimilado a una máquina con órganos independientes y funciones precisas. A la par del desarrollo de las especialidades que profundizan en el conocimiento, pero fragmentan la medicina, se desarrolla el minucioso estudio de la etiología y la patogenia de cada enfermedad por separado; y aunque parezca paradójico, progresa más el conocimiento de la enfermedad que el del enfermo. Llega a establecerse una diferencia matemática entre los "estados" de salud y enfermedad. La estadística establece la diferencia entre la "normalidad" que se identifica con la salud y la anormalidad, desviada del promedio, que define a la enfermedad.

El criterio "científico" modifica también la noción de causalidad de la enfermedad, la cual no puede ser más considerada como "hechizo" ni como "castigo divino", sino como efecto, demostrable experimentalmente, de la acción de microorganismos o agentes físicos o químicos que son los que provocan la alteración de la norma-

¹⁵ G. Berlinguer, *Medicina y Política*. Cuernavaca, México, Ediciones Círculo de Estudios, 1977, p. 14.

lidad de las funciones. Esta conceptualización que libera al médico de viejos prejuicios, al sobrevalorar la importancia de los factores etiológicos y su aparentemente provada patogenicidad, conduce una exagerada concepción bipolar de sano y de enfermo, considerando la salud y la enfermedad como estados definidos, antagónicos y recíprocamente excluyentes. Además, mantiene la idea de que la enfermedad es injertada de fuera adentro del organismo. Podríamos decir que si bien los agentes materiales, biológicos o no, desplazan a nombre de la ciencia las causas míticas o religiosas; no cambian el concepto tradicional de la enfermedad como algo ajeno y opuesto a la salud, que llega de alguna parte y altera una normalidad orgánica en una inapelable relación lineal de causa-efecto, relación que es independiente de la historia y de la sociedad si bien puede ser influida por “factores sociales”.

A la manera como los árboles impiden ver el bosque, este criterio fundamentalmente biologicista se deslumbra con el detallado conocimiento microscópico de los agentes patógenos y no alcanza a ver los determinantes sociales, macroscópicamente importantes.

Las corrientes funcionalistas derivadas del positivismo de Comte, consideran la salud y la enfermedad como dos “estados” diferentes y separados uno del otro. El estado de salud o el de enfermedad de cada persona se considera además como un hecho individual.

La práctica médica que se deriva de esta concepción hace recaer en el exclusivo “rol del médico” la responsabilidad del cuidado de la salud y el combate contra la enfermedad, en cada individuo. Este rol es doblemente exclusivo: del médico frente al resto de la sociedad y de dedicación exclusiva del médico constreñido al estudio de su especialidad funcional: la patología, sin oportunidad de ver más allá de la cama de su enfermo. Así lo plantea el propio Parson, exponente del funcionalismo, cuando dice:

La alta competencia técnica implica también especificidad de la función. Esa devoción intensiva hacia los expertos en materia de salud y enfermedad excluye que sean también expertos en otros campos. El médico, en virtud de su rol actual, no es un ‘hombre prudente’ o sabio en general —aunque haya una considerable opinión popular en ese sentido—, sino un especialista cuya superioridad sobre sus semejantes se reduce a la esfera específica de su experiencia y entrenamiento técnicos. Por ejemplo, no se espera del médico, como tal, que tengan un juicio mejor sobre política extranjera o sobre legislación fiscal que el de cualquier otro ciudadano al que se pueda comparar en inteligencia o educación. Existen, desde luego, subdivisiones elaboradas en la especialización dentro de la profesión.

La neutralidad afectiva se encuentra también implicada en el rol del médico en cuanto su actividad es ciencia aplicada. Se espera que el médico se ocupe de un problema objetivo, en términos objetivos, científicamente justificables.¹⁶

Pero esta corriente de pensamiento, si bien es la dominante en el llamado mundo occidental, no es la única. La experiencia recogida y un análisis crítico de la concepción funcionalista, a partir del materialismo histórico o de otras corrientes de pensamiento neo-humanistas, han permitido la formulación de concepciones alternativas que cobran cada vez más vigor a medida que se profundiza la crisis actual del capitalismo y un número mayor de países opta por el modo de producción socialista o están en tránsito al socialismo.

Desde estas nuevas posiciones del pensamiento médico, la salud y la enfermedad no son estados definidos, diferentes y aislados el uno del otro, sino integrantes de un mismo proceso en continua interacción dialéctica, tal como el organismo vivo está también en continua transformación y adaptación. Así como el metabolismo es la síntesis del anabolismo (asimilación) y el catabolismo (destrucción), la vida humana es la síntesis de la salud y la enfermedad. En tal sentido no se puede concebir un estado de absoluta salud o de absoluta enfermedad.

Este proceso, que se manifiesta en cada persona humana como un hecho individual, es parte de una realidad social.

La vida, como proceso de mutación de la materia, al que nos referimos al iniciar esta exposición, es parte de la naturaleza en movimiento. Un movimiento cualitativamente distinto del simplemente mecánico o físico-químico y por eso no reducible a la concepción del materialismo vulgar o mecanicista; pero que, dentro de su calidad especial de movimiento vital, está también en continuo cambio y transformación. Este cambio no obedece exclusivamente a su estructura orgánica particular, sino además a la influencia de su medio y de la sociedad en la que se desarrolla.

De este modo el proceso salud-enfermedad, que caracteriza a la vida humana, está también ligado a la historia y cambia junto con ella. Los procesos económicos-sociales, a los cuales nos hemos referido anteriormente y hemos visto están en constante transformación, influyen y son influidos por el proceso salud-enfermedad del hombre.

Considerar la salud y la enfermedad como un proceso integrado, no impide hacer una abstracción para el estudio de la enfermedad y acá surge otra diferencia entre el funcionalismo y las corrientes renovadoras. Mientras que para el funcionalismo la causalidad de

¹⁶ T. Parson, Capítulo 10, "Estructura Social y proceso dinámico: El caso de la práctica médica moderna", *El Sistema Social*. Madrid, España, Ed. Revista de Occidente, S. A., 1966. p. 437.

la enfermedad se define linealmente con el agente etiológico, para las nuevas corrientes este agente etiológico, no es más que el último eslabón de una cadena, cuyos determinantes están en la estructura social.

Si en un individuo que presenta fiebre, dolores musculares, un estado tóxico, manchas rosadas en la piel, etcétera, se encuentra la *Salmonella* Tiphys, en sus deposiciones o en la sangre, se concluye que sufre de fiebre tifoidea y que "la causa" de la enfermedad es la mencionada salmonella. No es que el concepto biologicista no vaya más allá, sabe que la enfermedad se produce por la ingestión de agua o alimentos contaminados e incluso recomienda medidas preventivas, como hervir el agua; por ejemplo, hace estudios epidemiológicos y realiza actividades sanitarias, pero no pasa del límite de preguntarse por qué determinadas poblaciones alcanzan a tener agua potable y otras no. Al proseguir el análisis, la explicación obvia sería de tipo socio-económico y la epidemiología, más integral.

Jaime Breilh sintetiza bien el concepto cuando dice:

El trasfondo de muchas investigaciones sobre la etiología de las enfermedades traduce la idea de que la acción de los agentes patológicos (sean físicos, químicos, biológicos) es por sí sola y de manera azarosa la que explica el apareamiento de enfermedades. Pero la enfermedad, como todo fenómeno natural, no se da por azar absoluto o surgimiento espontáneo, sino que está determinada por otros fenómenos. Al referirse a la enfermedad en el hombre estos fenómenos serían los correspondientes a la esfera económico-social.¹⁷

Los nuevos conceptos de salud y enfermedad, al ampliar los alcances de la medicina que ya no pueden circunscribirse al campo forzosamente estrecho de lo biológico, plantean además la incorporación necesaria de científicos sociales en un más vasto campo de investigación y acción al servicio de la salud.

La defensa de un patrimonio de la humanidad tan importante como la salud, no puede limitarse a la responsabilidad exclusiva del médico ni de las otras profesiones del área biológica. Si reconocemos que la organización social en sí misma puede ser patógena o saludable, una buena parte de la actividad de economistas, sociólogos, comunicólogos y todos los científicos sociales no sólo tiene relación adjetiva con lo que el criterio funcionalista entiende por medicina social, sino que es parte sustantiva de la nueva medicina que se integra con las ciencias sociales en una síntesis dialéctica de mayor amplitud.

¹⁷ J. Breilh, **Notas acerca de Salud y Sociedad**. Area de Medicina Popular, Quito, Universidad Central, Facultad de Ciencias Médicas, 1976, p. 83.

No se trata solamente de dar relieve a los llamados “factores sociales”, que como algo **externo** al proceso salud enfermedad se mencionan con mayor o menor énfasis en el estudio de la epidemiología clásica, como circunstancias que se añaden a la etiología o patogenia de la enfermedad dentro del dominio exclusivo de las ciencias biológicas, sino de entender este proceso en su integridad biológico-social. Nuestra pretensión es ubicar junto a la necesidad de ampliar los conocimientos sociales del médico, la participación indispensable de los científicos sociales en el estudio del proceso salud-enfermedad, el cual como problemática de toda la sociedad, no puede circunscribirse al marco de una sola actividad profesional y ni siquiera a un grupo reducido de los que hoy se consideran integrantes de los llamados equipos de salud.

Los tradicionales equipos de salud integrados por el médico y sus colaboradores, ya sean profesionistas universitarios, trabajadores sociales, enfermeras y aun los propios sociólogos, no pasan del nivel biologicista prioritariamente combativo de la enfermedad, si se mantienen en función de simple contribución para que la actividad médica se expanda y llegue al mayor número de individuos, sin abarcar el conocimiento y la transformación de la estructura social en beneficio del hombre.

La integración de equipos multiprofesionales para la práctica de una real medicina social, que sea tal, no por simple diferencia cuantitativa del número de servicios o personas protegidas, sino por el cambio cualitativo de concebir la sociedad como un conjunto dinámico en continuo proceso de cambio y transformación, que está sujeto a leyes y cuyas contradicciones de las relaciones de producción y las clases sociales se expresan en todas sus manifestaciones, incluyendo las características del proceso salud enfermedad, tiene una significación diferente. Estos equipos, que para cumplir el requisito indispensable de ser democráticos y reivindicativos deben fundarse en la colectividad organizada con plena conciencia de su derecho a la salud, deben además sumar a su contenido una elevada eficiencia en su área de saber respectiva. Tan importante es conocer la sociedad con todas sus manifestaciones, como las características biológicas del hombre, que es el sujeto de la sociedad, para saber acomodar la organización médica adecuada a cada situación.

El énfasis justificado en las características sociales de la medicina a veces hace olvidar que ésta, no por ser social, requiere menos de médicos eficientemente preparados en fisiología, patología, microbiología, etcétera. El dominio del saber biomédico es de utilidad innegable para que el médico se integre con calidad en su propio trabajo social y forme parte de los equipos multidisciplinarios donde también el científico social, se supone, contribuye con la más alta calificación del conocimiento científico de su sociedad.

Para el criterio funcionalista, que concibe la medicina social como simple ampliación de coberturas, la medicina de masas puede implicar una inevitable sustitución de calidad por cantidad; la medicina social de las corrientes renovadoras busca la más alta calidad de promoción biológica y social de la salud en una sociedad sin clases.

Por otra parte, así como la superación del modo de producción capitalista hacia niveles de mayor rendimiento social, no involucra una destrucción de la técnica lograda y de las grandes conquistas de la producción material, sino una mejor utilización de la ciencia, la técnica y la cultura, la actividad médica renovadora tampoco se plantea volver atrás en los recursos terapéuticos, en los medios diagnósticos, en la prevención, y en el desarrollo de las ciencias biológicas, que con todos los avances logrados tiene todavía un amplio campo por investigar, ya que se puede decir que recién empieza a conocer el prodigioso secreto de la vida y le falta mucho para desentrañar los complicados procesos de la patología.

La crítica contra los grandes centros de sofisticada tecnología hay que entenderla no como antagonismo con la técnica, sino con un sistema deshumanizado al cual pertenecen y sirven tales centros.

Independientemente del sentido de privilegio que le es consustancial, la incorporación de la industria médica y de la propia actividad del médico a la sociedad de consumo y a la competencia mercantil degrada la medicina y la sociedad.

No es atentar contra el progreso de la técnica reconocer que la medicina más eficiente no podrá ser eficaz si se desarrolla sin referencia a la estructura social en la que actúa, sabiendo que un sistema social que sólo busca incrementar sus tasas de ganancia aun a expensas del deterioro de la salud individual y colectiva es patógeno en sí mismo.

Cuando los grandes centros de diagnóstico y de medicina reparadora se instalan bajo el beneficio de la explotación de la plusvalía absoluta o relativa, resulta que es el sistema quien las alimenta con enfermos y dinero para curarlos y, paradójicamente, cuantos más recursos económicos emplean para desarrollar sus sofisticadas funciones, prioritariamente curativas, reclaman mayores tasas de plusvalía y contribuyen así a un incremento de su patogenicidad y no de salubridad.

Por estas consideraciones la lucha por la salud de las corrientes renovadoras, más que crítica circunstancial a cualidades adjetivas o defectos mayores o menores de los servicios de salud, que pertenece a otra categoría de análisis, se plantean modificaciones sustanciales que parten, como acabamos de ver, de la conceptualización de la salud y la enfermedad y la estructura de la sociedad para buscar soluciones más profundas.

Esta es el área de trabajo que se abre con amplios horizontes para el estudio multidisciplinario al servicio de la salud colectiva. Area de trabajo y lucha por mejorar las actuales estructuras que debe contar con la participación responsable, igual de profesionistas de diversas disciplinas, como del sencillo trabajador manual.¹⁸ La medicina, concebida en esta forma, ya no es solamente "un rol" a cumplir por alguien, exclusivamente, ni excluye ninguno de los problemas que afectan a la sociedad, es una responsabilidad de toda la humanidad para la defensa de un derecho común a todos.

¹⁸ Asa. Laurell, et. al., "Enfermedad y Desarrollo. Análisis sociológico de la morbilidad en dos pueblos mexicanos", **Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales**, México, Año XXII, Núm. 84, abril-junio 1976 pp. 131-158.